

TUCÍDIDES *LA GUERRA DEL PELOPONESO*

**“Discurso Fúnebre en honor a los muertos”<sup>1</sup>**  
**(en el primer año de la guerra) Libro II. 35-46.**



**35-.** “La mayor parte de quienes han tomado aquí la palabra en otras ocasiones han elogiado a quien introdujo este discurso en la ceremonia tradicional; según ellos resulta

---

<sup>1</sup> La introducción de discursos en la obra de Tucídides es uno de sus recursos literarios más importantes. Cabe recordar que él mismo se refirió a ellos en el libro I.22, señalando que si bien no reproducen con total fidelidad las palabras de los oradores, si representan las ideas que expresaron en ese momento. De los varios discursos que se encuentran dentro de la obra, este pronunciado por Pericles es el que ha recibido una mayor atención y reconocimiento.

La presente traducción corresponde a Juan José Torres Esbarranch. Las notas explicativas han sido realizadas por Nicolás Cruz.

oportuno pronunciarlo en las honras fúnebres de los que han caído en la guerra. En mi opinión, sin embargo, sería suficiente que a hombres cuyo valor se ha manifestado en actos también se les tributarán los honores mediante actos, como hoy mismo estáis presenciando en estos funerales dispuestos por el Estado; así el crédito de los méritos de muchos no peligraría al depender de las palabras más o menos elocuentes de uno solo. Es difícil, en efecto, pronunciar las palabras adecuadas en un momento en que la valoración de la realidad apenas se establece con seguridad: el oyente que conoce bien los hechos y está bien dispuesto pensará posiblemente que la exposición queda por debajo de sus deseos y de su conocimiento de la realidad, por el contrario, el que los conoce por propia experiencia, si oye algún elogio que esté por encima de sus propias fuerzas, creará, por envidia, que son exageraciones. Porque los elogios que se pronuncian acerca de otros sólo resultan tolerables en la medida en que cada uno cree que él mismo es capaz de realizar las mismas acciones que oye elogiar, pero ante lo que va más allá, los hombres enseguida sienten envidia y no lo creen. En fin, puesto que los antiguos aprobaron que esto fuera así, es preciso que yo, siguiendo la costumbre, trate de acertar en la medida de lo posible con el deseo y la opinión de cada uno de vosotros.<sup>2</sup>

**36.-** Comenzaré, ante todo, por nuestros antepasados. Es justo a la vez que adecuado en una ocasión como ésta tributarles el homenaje del recuerdo. Ellos habitaron siempre esta tierra<sup>3</sup> y, en el sucederse de las generaciones, nos la han transmitido libre hasta nuestros días gracias a su valor. Y si ellos son dignos de elogio, todavía lo son más nuestros padres, pues al legado que habían recibido consiguieron añadir, no sin esfuerzo, el imperio que poseemos, dejándonos así a nuestra generación una herencia incrementada.<sup>4</sup> Nosotros, en fin, los hombres que ahora mismo aún estamos en plena madurez, hemos acrecentado todavía más la potencia de este imperio y hemos preparado nuestra ciudad en todos los aspectos, tanto para la guerra como para la paz, de forma que sea completamente autosuficiente<sup>5</sup>. Respecto a todo eso, pasaré por alto las gestas militares que nos han permitido adquirir cada uno de nuestros dominios, o las ocasiones en que nosotros o nuestros padres hemos rechazado con ardor al enemigo, bárbaro o griego, en sus ataques. No quiero extenderme ante un auditorio perfectamente enterado. Explicaré, en cambio, antes de pasar al elogio de nuestros muertos, qué principios nos condujeron a esta situación de poder, y con qué régimen político y gracias a qué modos de comportamiento este poder

---

<sup>2</sup> Pericles se propone evitar, y lo logra, tal como podemos apreciar a lo largo de sus palabras, el elogio desmedido de la valentía de los caídos durante la guerra. Como se podrá apreciar a continuación, sus palabras se centrarán en las características de la vida de Atenas que hace posible las acciones heroicas de sus habitantes.

<sup>3</sup> “Pero el Ática, según esto, por vivir desde los tiempos más remotos sin disensiones internas debido a la aridez de su suelo, fue habitada sin interrupción por los mismos hombres” Tucíd. I.2,5. Cabe destacar además esta idea de que la pobreza habría sido un factor de unión entre los atenienses.

<sup>4</sup> Se refiere a la generación que sostuvo la guerra contra los persas entre el 490 al 465.

<sup>5</sup> Se trata de la generación de Pericles, es decir, la siguiente a las Guerras Médicas y que fue la que consolidó el imperio ateniense al que Tucídides dedica el argumento central de su obra. Resulta interesante destacar aquí el sentido de unidad y continuidad que Pericles le otorga a la historia de Atenas, destacando como de una generación en otra se ha mantenido el programa de crecimiento y libertad de la ciudad.

se ha hecho grande. Considero que en este momento no será inadecuado hablar de este asunto, y que es conveniente que toda esta muchedumbre de ciudadanos y extranjeros lo escuche.

**37.-** Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría, es democracia<sup>6</sup>. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no antepone las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad.<sup>7</sup> En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres y, del mismo modo, en lo tocante a las mutuas sospechas propias del trato cotidiano, nosotros no sentimos irritación contra nuestro vecino si hace algo que le gusta y no le dirigimos miradas de reproche, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas. Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarnos, en la vía pública, un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno y a las leyes, y principalmente a las que están establecidas para ayudar a los que sufren injusticias y a la que, aún sin estar escritas, acarrea a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida.<sup>8</sup>

**38.-** Por otra parte, como alivio de nuestras fatigas, hemos procurado a nuestro espíritu muchísimos esparcimientos. Tenemos juegos y fiestas durante todo el año, y casas privadas con espléndidas instalaciones, cuyo goce cotidiano aleja la tristeza. Y gracias a la importancia de nuestra ciudad todo tipo de productos de la Tierra son importados, con lo que el disfrute con que gozamos de nuestros propios productos no nos resulta más familiar que el obtenido con los de otros pueblos.<sup>9</sup>

---

<sup>6</sup> δημοκρατία (democracia), que proviene de δῆμος (demos= pueblo) y κράτος (poder).

<sup>7</sup> La especificidad del sistema democrático ateniense es contrapuesto a las características del poder en Esparta y Corinto, los enemigos de Atenas y la Liga Ático Délica en la guerra. Desde el año 450 se había introducido en Atenas el pago por el desempeño de los cargos públicos en la ciudad, cuestión que hacía posible su desempeño por parte de los pobres. A este punto parece hacer alusión Pericles en este pasaje.

<sup>8</sup> Se refiere Pericles a uno de los aspectos centrales que forman el sistema democrático ateniense, esto es, el mandato de respetar la ley por parte de todos. Este respeto no se limita a la ley escrita sino que se extiende también a aquellas disposiciones que no se han puesto redactado, pero que resultan fundamentales para la convivencia democrática. Véase la nota de Juan Jose Torres Esbarranch a este pasaje en la edición ya mencionada.

<sup>9</sup> Atenas es ahora una ciudad rica y cosmopolita. En este sentido se aprecia una diferencia con lo indicado en I. 2,5, donde Tucídides señala que la unidad de los atenienses se basó, desde antiguo, en su estrechez o pobreza como resultado de una tierra poco generosa. Ver nota 3. Pero estas palabras de Pericles reflejan una situación más compleja y profunda. Todo el discurso tiende a resaltar el crecimiento y consolidación del sistema democrático de Atenas, pero éste pudo mantenerse a partir de los recursos que Atenas obtenía de sus aliados. En este sentido, se advierte en Atenas una contradicción mediante la cual era cada vez más democrática al interior y menos en su relación con las otras ciudades de la Liga Ático- délica, las que inicialmente se habían incorporado como iguales. Es cierto, por ejemplo, que Atenas se había reconstruido

**39-** En el sistema de prepararnos para la guerra también nos distinguimos de nuestros adversarios en estos aspectos nuestra ciudad está abierta a todo el mundo, y en ningún caso recurrimos a las expulsiones de extranjeros para impedir que se llegue a una información u observación de algo que, de no mantenerse en secreto, podría resultar útil al enemigo que lo descubriera.<sup>10</sup> Esto es así porque no confiamos tanto en los preparativos y estratagemas como en el valor que sale de nosotros mismos en el momento de entrar en acción. Y en lo que se refiere a los métodos de educación, mientras que ellos, desde muy jóvenes, tratan de alcanzar la fortaleza viril mediante un penoso entrenamiento, nosotros a pesar de nuestro estilo de vida más relajado, no nos enfrentamos con menos valor a peligros equivalentes. He aquí una prueba: los lacedemonios no emprenden sus expediciones contra nuestro territorio sólo con sus propias fuerzas, sino con todos sus aliados; nosotros, en cambio, marchamos solos contra el país de otros y, a pesar de combatir en tierra extranjera contra gentes que luchan por su patria, de ordinario nos imponemos sin dificultad. Ningún enemigo se ha encontrado todavía con toda nuestras fuerzas unidas, por coincidir nuestra dedicación a la flota con el envío por tierra de nuestras tropas en numerosas misiones<sup>11</sup>; ellos, sin embargo, si llegan a trabar combate con una parte, en caso de conseguir superar a algunos de los nuestros, se jactan de habernos rechazado a todos, y, si son vencidos, dicen que han sido derrotados por el conjunto de nuestras fuerzas. Pero, en definitiva, si nosotros estamos dispuestos a afrontar los peligros con despreocupación más que con un penoso adiestramiento, y con un valor que no procede tanto de las leyes como de la propia naturaleza, obtenemos un resultado favorable: nosotros no nos afligimos antes de tiempo por las penalidades futuras y, llegado el momento, no nos mostramos menos audaces que los que andan continuamente atormentándose; y nuestra ciudad es digna de admiración en estos y otros aspectos.

**40-** Amamos la belleza<sup>12</sup> con sencillez<sup>13</sup> y el saber sin relajación. Nos servimos de la riqueza más como oportunidad para la acción que como pretexto para la vanagloria, y entre

---

luego de su destrucción durante las Guerras Médica, y que lo había hecho mediante la edificación de edificios notables, pero los fondos habían provendido, en buena medida, del aporte cada vez más “involuntario” de sus aliados.

<sup>10</sup> La diferencia se establece con Esparta.

<sup>11</sup> En efecto, durante este tiempo, las tropas de Atenas y sus aliados enfrentaban variadas misiones militares en lugares geográficos distantes unos de otros, tal como se puede leer en la Pentecontecia o período de unos cincuenta años aproximadamente, que medió entre el fin de las Guerras Médicas y el inicio formal de la Guerra del Peloponeso (479 al 431 a.C.). esta descripción se encuentra en Tucídides, libro I 89-118.

<sup>12</sup> Una adecuada comprensión de este concepto es importante para entender a los atenienses. El término usado por Tucídides es *filokaloumen* y designa el gusto por lo bello. *Φιλοκαλεω* (*Filokaléo*) es, entonces, quien tiene afición a lo bello y gusta de las cosas bellas. Pero *kalós* (*καλός*) no se refiere sólo a lo estético, sino que a la formación del hombre de bien y honrado, de modo tal que la referencia de Pericles apunta a las cualidades personales pero también políticas de los atenienses.

<sup>13</sup> Las palabras apuntan aquí a destacar una característica que los atenienses se atribuían a ellos mismos a través de su historia (ver nota 3). Recién Pericles mismo ha dado indicios de que la ciudad de Atenas había cambiado en cuanto a su riqueza y esplendor (II.38) y con ello también –la deducción es nuestra– las costumbres de sus habitantes. Desde este punto de vista puede advertirse una contradicción, pero cabe destacar algunos aspectos: Pericles, en primer lugar, apunta a una forma de auto percepción de los atenienses

nosotros no es motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza, sino que lo es más bien no hacer nada por evitarla. Las mismas personas pueden dedicar a la vez su atención a sus asuntos particulares y a los públicos, y gentes que se dedican a diferentes actividades tienen suficiente criterio respecto a los asuntos públicos.<sup>14</sup> Somos en efecto, los únicos que a quien no toma parte en estos asuntos lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil; y nosotros en persona cuando menos damos nuestro juicio sobre los asuntos, o los estudiamos puntualmente, porque, en nuestra opinión, no son las palabras lo que supone un perjuicio para la acción, sino el no informarse por medio de las palabras antes de proceder a lo necesario mediante la acción. También nos distinguimos en cuanto a que somos extraordinariamente audaces a la vez que hacemos nuestros cálculos sobre las acciones que vamos a emprender, mientras que a los otros la ignorancia les da coraje, y el cálculo, indecisión. Y es justo que sean considerados los más fuertes de espíritu quienes, aun conociendo perfectamente las penalidades y los placeres, no por esto se apartan de los peligros. También en lo relativo a la generosidad somos distintos de la mayoría, pues nos ganamos los amigos no recibiendo favores, sino haciéndolos. Y quien ha hecho el favor está en mejores condiciones para conservar vivo, mediante muestras de benevolencia hacia aquel a quien concedió el favor, el agradecimiento que se le debe. El que lo debe, en cambio, se muestra más apagado, porque sabe que devuelve el favor no con miras a un agradecimiento sino para pagar una deuda. Somos los únicos, además, que prestamos nuestra ayuda confiadamente, no tanto por efectuar un cálculo de la conveniencia como por la confianza que nace de la libertad.<sup>15</sup>

**41-** Resumiendo, afirmo que nuestra ciudad es, en su conjunto, un ejemplo para Grecia<sup>16</sup>, y que cada uno de nuestros ciudadanos individualmente puede, en mi opinión, hacer gala de una personalidad suficientemente capacitada para dedicarse a las más diversas formas de actividad con una gracia y habilidad extraordinarias. Y que esto no es alarde de palabras inspirado por el momento, sino la verdad de los hechos, lo indica el mismo poder de la ciudad, poder que hemos obtenido gracias a estas particularidades que he mencionado. Porque, entre las ciudades actuales, la nuestra es la única que, puesta a prueba, se muestra superior a su fama, y la única que no suscita indignación en el enemigo que las ataca, cuando éste considera las cualidades de quienes son causa de sus males, ni, en sus súbditos,

---

que databa desde antiguo, además del hecho de que una expresión como esta cabía perfectamente en un discurso de elogio a la democracia como el que estaba pronunciando.

<sup>14</sup> Referencia a la isegoría (ισηγορία), término que originalmente se refirió a la libertad de palabra, pero que se extendió a la igualdad de derechos e igualdad política para todos los ciudadanos.

<sup>15</sup> Los hechos narrados por Tucídides en la Pentecontecia (πεντηκοντα - ετισ = cincuenta años) (I. 89-118) pone en tela de juicio esta idea, debido a la actitud adoptada por Atenas en contra de las ciudades aliadas que deseaban separarse de la liga Ático-Délica, así por aquellas que desean mantener una neutralidad ante el conflicto, como será el caso dramático de la isla de Melos, descrito en términos muy duros por Tucídides en el libro V. 84-116. Véase transcripción y comentarios a este discurso en la sección de documentos del curso pensamiento Histórico I.

<sup>16</sup> Y lo fue hasta que Pericles se mantuvo vivo, imponiendo una hegemonía moderada sobre los aliados. En la idea de Tucídides esta política equilibrada irá cambiando en la medida que se desarrolla la guerra. La muerte de Pericles ocurrida el 429 a.C., marcó el momento de la transformación.

el reproche de ser gobernados por hombres indignos. Y dado que mostramos nuestro poder con pruebas importantes, sin que nos falten los testigos, seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras, y no tendremos ninguna necesidad ni de un Homero que nos haga el elogio ni de ningún poeta que deleite de momento con sus versos, aunque la verdad de los hechos destruya sus posiciones sobre los mismos; nos bastará con haber obligado a todo el mar y a toda la Tierra a ser accesibles a nuestra audacia, y con haber dejado por todas partes monumentos eternos en recuerdo de males y bienes. Tal es, pues, la ciudad por la que estos hombres han luchado y han muerto, oponiéndose noblemente a que les fuera arrebatada, y es natural que todos los que quedamos estemos dispuestos a sufrir por ella.

**42-.** Por esto precisamente me he extendido en lo relativo a la ciudad, a fin de haceros entender que la lucha no tiene el mismo significado para nosotros y para aquellos que no disfrutaban de ventajas similares a las nuestras, y al mismo tiempo, a fin de esclarecer con pruebas el elogio de aquellos en cuyo honor estoy ahora hablando <sup>17</sup>. Así pues, lo principal de este elogio ya está dicho, dado que las excelencias por las que he ensalzado nuestra ciudad son el ornamento que le han procurado las virtudes de estos hombres y de otros hombres como ellos; y no son muchos los griegos, como es el caso es éstos, cuya alabanza pudiera encontrar correspondencia en sus obras. Me parece, asimismo, que el fin que éstos han tenido es una demostración del valor de un hombre, bien como primer indicio, bien como confirmación final. Porque incluso en el caso de aquellos que fueron inferiores en otros aspectos es justo que se anteponga su bravura en la guerra luchando en defensa de su patria, pues borrarón el mal con el bien y el servicio que prestaron en beneficio público compensó sobradamente los perjuicios ocasionados por su actuación privada. Ninguno de estos hombres se acobardó prefiriendo seguir con el goce de sus riquezas ni trató de aplazar el peligro con la esperanza de su pobreza, de que conseguiría librarse de ella y se haría rico. Al contrario, considerando más deseable el castigo al adversario que aquellos bienes, y creyendo además que aquél era el más hermoso de todos los peligros, haciéndolo frente, castigar a los enemigos y seguir aspirando a los bienes, fiando a la esperanza lo incierto del éxito, pero juzgando preferible de hecho, ante la inminencia del peligro, confiar en sí mismos; y llegado el momento, pensaron que era más hermoso resistir hasta la muerte que ceder para salvar la vida; evitaron así la vergüenza del reproche, afrontaron la acción a costa de su vida, y en un instante determinado por el destino, en un momento culminante de gloria, que no de miedo, nos dejaron.

**43-.** Así es como estos hombres se mostraron dignos de nuestra ciudad; y es menester que los que quedan hagan votos por tener frente al enemigo una disposición que apunte a un destino más seguro sin consentir por ello ninguna pérdida de audacia. No debéis considerar la utilidad de esta actitud – sobre la que cabrían largas explicaciones que

---

<sup>17</sup> Se inicia la segunda parte del discurso, más breve que la primera, en la que hace el elogio de los atenienses muertos en el primer año de combate. Este encomio se relaciona de manera directa con la primera parte en cuanto a que ellos han caído en nombre de estos ideales.

vosotros ya conocéis – sólo a través de las palabras de un orador que exponga todos los beneficios que derivan de defenderse contra el enemigo; debéis contemplar, en cambio, el poder de la ciudad de cada día y convertirnos en sus amantes, y cuando os parezca que es grande, debéis pensar que quienes consiguieron este poder eran hombres audaces y

conocedores de su deber, que en sus acciones se comportaban con honor y que, si alguna vez fracasaban en algún intento, no querían por ello privar a la ciudad de su valor, sino que le ofrecían la contribución más hermosa. Daban su vida por la comunidad recibiendo a cambio cada uno de ellos particularmente el elogio que no envejece y la tumba más insigne, que no es aquella en que yacen, sino aquella en la que su gloria sobrevive para siempre en el recuerdo, en cualquier tiempo en que surja la ocasión para recordarlos tanto de palabras como de obra. Porque la Tierra entera es la tumba de los hombres ilustres, y no sólo en su patria existe la indicación de la inscripción grabada en las estelas, sino que incluso en tierra extraña pervive en cada persona un recuerdo no escrito, un recuerdo que esta más en los sentimientos que en la realidad de una tumba. Tratad, pues, de emular a estos hombres, y estimando que la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el coraje, no miréis con inquietud los peligros de la guerra. No son, en efecto, los desgraciados, para quienes no existe la esperanza de bien alguno, los que pueden despreciar la vida con más razón, sino aquellos que, al seguir viviendo, corren el riesgo de un cambio de fortuna desfavorable y para quienes, en caso de fracaso, las diferencias son enormes. Porque para un hombre con pundonor la degradación que acompaña a la miseria resulta más dolorosa que una muerte que sobrevive sin ser sentida en la plenitud de su vigor y de la esperanza colectiva.

**44-.** Ésta es la razón por la que ahora no me voy a dirigir a los padres de estos hombres, que asistís a este acto, con lamentaciones de compasión, sino con palabras de consuelo. Sabido es que la vida se va haciendo a través de vicisitudes de diverso signo, y la dicha es de quienes alcanzan la mayor nobleza con su muerte, como éstos ahora, y con su dolor como es vuestro caso, y de aquellos cuya vida fue medida para que la felicidad y el fin de sus días coincidieran. Me doy perfecta cuenta de que es difícil convenceros tratándose de vuestros hijos cuyo recuerdo os vendrá con frecuencia cuando asistáis a los momentos de dicha de los otros, momentos dichosos con los que también vosotros os regocijabais un día; y el dolor no produce de los bienes de los que uno se ve privado sin haberlos experimentado, sino de aquel del que uno ha sido desposeído una vez habituado a él. Pero es preciso ser fuertes, siquiera por la esperanza de tener otros hijos, los que todavía estáis en edad de engendrarlos; en la vida privada los hijos que vendrán serán para algunos un motivo de olvido de los que ya no están con nosotros, y la ciudad saldrá beneficiada por dos razones: no perderá población y ganará en seguridad. Porque no es posible que tomen decisiones justas y equitativas quienes no afrontan el peligro exponiendo también a sus propios hijos, igual que los demás. Y cuantos ya habéis pasado la edad, considera como una ganancia el hecho de haber sido dichosos durante la mayor parte de vuestra vida, pensad

que la parte que os queda será breve, y consolaos con el renombre de estos muertos. El amor a la gloria es, en efecto, lo único que no envejece, y en la época improductiva de la vida lo que da mayor satisfacción no son las ganancias, como dicen algunos, sino los honores.

**45-** Y para vosotros, hijos o hermanos de estos caídos que os encontráis aquí, veo que la lucha para estar a su altura será ardua, porque todo el mundo tiene la costumbre de elogiar a quien ya no existe, y aun en el colmo del valor, difícilmente se os considerará no ya iguales, sino un poco por debajo de ellos. La envidia de los vivos, en efecto, se enfrenta a lo que se les opone, pero lo que no les supone ningún obstáculo es respetado con una benevolencia sin oposición. Y si es necesario que me refiera a la virtud femenina, a propósito de las que ahora vivirán en la viudez, lo expresaré todo con un breve consejo: si no os mostráis inferiores a vuestra naturaleza, vuestra reputación será grande, y será grande la de aquella cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres.

**46-** He expuesto, pues, con mis palabras todo lo que, de acuerdo con la costumbre, tenía por conveniente; en cuanto a los hechos, por lo que respecta a los hombres a los que damos sepultura, ya han recibido los honores funerarios, y por lo que respecta a sus hijos de ahora en adelante la ciudad los mantendrá a expensas públicas hasta la adolescencia, ofreciendo así una útil corona, en premio de tales juegos, a los muertos y a los que quedan; pues las ciudades donde están establecidos los mayores premios al valor son también aquellas donde viven los mejores ciudadanos. Ahora, en fin, después de cumplir las lamentaciones en honor de los parientes respectivos, retiraos.”